

tividad de notas a pie de página de variada índole que enriquecen el análisis pero que en ocasiones distraen de la lectura, sobre todo porque muchas de ellas podrían perfectamente formar parte del texto principal.

El libro de Noelia Cirnigliaro es un ejemplo que demuestra que el estudio del Barroco requiere de análisis interdisciplinarios rigurosos. Las diferentes disciplinas involucradas en los mismos se ven a su vez enriquecidas por la fecundidad que estos estudios generan. También corrobora este libro lo que puede lograrse cuando la crítica rompe con los acercamientos más consolidados. Los textos analizados por Cirnigliaro cobran nueva relevancia a la luz de esta aproximación original y fascinante. Por extensión, la lectura de *Domus* inspira a explorar otros textos con un acercamiento similar e incluso a concebir nuevas aproximaciones para el inagotable campo de los estudios de la temprana Modernidad española.

Ana M. Rodríguez Rodríguez
(University of Iowa, Iowa City)

Gernot Kamecke: *Die Prosa der spanischen Aufklärung. Beiträge zur Philosophie der Literatur im 18. Jahrhundert (Feijoo – Torres Villarroel – Isla – Cadalso.* Frankfurt a. M.: Vervuert 2015 (La Cuestión Palpitante. Los siglos XVIII y XIX en España, 28). 585 páginas.

Gernot Kamecke aspira a una “nueva y fundamental conceptualización de la ‘identidad’ de la Ilustración española como época literaria autónoma”, presentando su proyecto como complementario

al supuesto “*Zeitgeist*” de la investigación filológica, que principalmente detectaría en los textos literarios de los ilustrados españoles “la mera expresión ejemplar de fenómenos histórico-culturales generales” (p. 18).⁴ En búsqueda de la constitución de una “nueva disciplina filosófica de la literatura desde una perspectiva filológica” (p. 69) analiza cuatro obras clave de Benito Jerónimo Feijoo, Diego de Torres Villarroel, Francisco de Isla y José Cadalso en cuanto al desarrollo de sus concepciones literarias (p. 489). Más allá de reproducir una mera cronología, el autor defiende la tesis de que existe una relación genealógica entre las formas de exponer las ideas de los autores analizados, sosteniendo que el proceso de institucionalización de la autonomía literaria de la prosa ilustrada comenzaría con Feijoo y encontraría su “punto culminante” y su final en las *Cartas marruecas* de Cadalso.

La mayoría de los proyectos ilustrados de progreso social y nacional no se habrían llevado a la práctica, de ahí que se proyectasen en la imaginación y en la ficción, produciendo de este modo actitudes y técnicas muy propias de la producción literaria de la época (p. 27). En el contexto contemporáneo de la reflexión activa sobre las reglamentaciones inmanentes a los géneros literarios, la prosa se habría posicionado específicamente contestando a las preguntas “¿qué es, de dónde viene y a dónde va España?” y reflexionando sobre sí misma como “práctica de conceptualización lingüística” (p. 56). Inscribiéndose en la tradición novelística del Siglo de Oro y en rivalidad con otras formas

⁴ Todas las traducciones del alemán son de Anne Gottschalk.

prosaicas contemporáneas, como los tratados religiosos, políticos y morales sobre la literatura producidos por encargo de la “Ilustración estatal”, los agentes de una “Ilustración autónoma” (p. 490) habrían producido formas sutiles de expresión.

A modo de contextualización, Kamecke expone en el primer capítulo el marco discursivo y epistemológico del siglo que fundamenta “las condiciones de posibilidad de una prosa autónoma y autorreflexiva” (p. 13). Comprensible también para lectores no especialistas en la época, discute elementos centrales como el término mismo de Ilustración. Distingue entre conceptos y preceptos (pp. 14-15), describe la relación de España con otras naciones europeas y la necesidad de identificarse con o contra la “causa española” (p. 46) y expone la importancia del individuo como sujeto de reflexiones filosóficas y sujeto político y social (pp. 21-25). También indica la relevancia de la dialéctica y un estilo polémico para ilustrar la propia postura mediante la del contrario, subrayando la relación central entre los “debates de ideas” y el “método de presentación” (p. 33), además de discutir el solapamiento terminológico de su propio proceder metodológico con el objeto de sus estudios (p. 26). Resulta algo equívoca para el lector no prevenido la aplicación de la expresión de “las dos Españas” a la relación entre Iglesia y Estado (p. 38) para describir la escasa secularización y la baja emancipación frente al absolutismo (p. 22). El desafío de integrar las diversas posturas filosóficas, estéticas y políticas contemporáneas en un proyecto nacional común habría repercutido en la literatura (p. 47), demostrando esta una diferenciación discursiva interna que resultaría ser

una “imagen de conjunto del movimiento reformista, en el que todos los grupos e instituciones involucrados se encuentran en una constante competencia (económica, cultural, de ideas)” (p. 53).

En esta situación de rivalidad comunicativa, tanto Feijoo, Torres Villarroel, Isla y Cadalso como otros autores habrían desarrollado sus técnicas literarias y sus posiciones. De ahí que surgiera un concepto filosófico de la función (política) de la escritura (p. 63). El análisis de las cuatro obras se basa en el término *ensayo*, que sería una forma de expresar un estilo individual de pensar que, de forma activa e intencionada, busca traspasar los límites de los géneros literarios o de las prescripciones sobre la forma de pensar tradicionales o impuestas por las autoridades (p. 74) y se anclaría en el individuo, que lleva a cabo un experimento a la hora de pensar. Por ello, la originalidad de este género literario asociativo e ilustrativo residiría especialmente en el papel del error (p. 75). A la vez, sería la expresión de una reflexión sobre el tiempo y sobre el pasado (pp. 75, 80). Kamecke subraya la ambigüedad de la forma ensayística al mismo tiempo contemporánea y anacrónica (p. 77).

Tras esta contextualización, Kamecke prosigue en el segundo capítulo con el análisis del ensayismo de Feijoo. El ensayo en la obra enciclopédica y didáctica de este autor sería el resultado de un experimento constante con la libertad analítica del pensamiento en el marco del tratado en prosa (p. 492). Este nace de una práctica comunicativa de debate y apología (p. 98) y retoma una dialéctica de verdad y error. El concepto del ser humano en camino a la autonomía constituye el centro de esta

filosofía (pp. 121, 132), cuya base de empirismo intersubjetivo (p. 119) lleva a un relativismo radical (p. 146) que incluye una crítica de las autoridades y un deísmo (p. 151). De este modo apunta a una “reconciliación de filosofía y teología” (p. 492) e impulsa la reflexión sobre las reglas de la literatura, la renovación de la prosa española (p. 152) y el lenguaje en general (pp. 162-170). A la vez, resalta lo experimental de Feijoo a la hora de reflexionar sobre el “no sé qué” (pp. 172-180), mediando entre verdad y belleza (p. 179) y estableciendo, así, la “opción de una verdad filosófica literaria” (p. 181). Original y nueva resultaría la combinación de la “máxima comunicabilidad” de los escritos (p. 90), dirigidos a un receptor cualquiera, siempre concebido como dotado de razón humana (p. 107), con otros elementos como la pretensión universal, el método autodidáctico, dialéctico y experimental del procesamiento reflexivo y escéptico de información varia, la claridad estilística y la fe en el progreso (pp. 92, 117, 138). A la vez solamente puede existir en coalición con aspectos tradicionales en la obra: un paternalismo de orden político y la ausencia de cualquier crítica explícita de los dogmas del catolicismo (p. 93). Pese a la diversidad de materias, tanto la actitud patriótica del autor como la de autoridades históricas y actuales aseguran la homogeneidad de la obra (p. 114).

En el tercer capítulo, Kamecke analiza la obra de Torres Villarroel, quien cuestionaría de forma radical la relación entre filosofía y literatura como relación existencial entre el pensamiento y la lengua (p. 492). De antemano, Kamecke ofrece un excursus sobre la “política de la filosofía literaria” (p. 226), dedicando dos subcapí-

tulos a la “filosofía analítica de la verdad” de Gregorio Mayans y Siscar y a Ignacio de Luzán, que retomarían críticamente el conceptismo de Gracián, sustituyéndolo por un preceptismo en la línea horaciana del *utile dulci* y la de Boileau. Destaca el principio preceptista de subordinar todas las artes a la política en servicio del bien público (p. 215). Torres Villarroel, a diferencia de los neoclasicistas y de Feijoo, no quiere ilustrar en el sentido de llevar a la mayoría de edad. Se establece como autor popular antiescolástico (p. 235) con una posición muy particular, que no se pudo integrar en el grupo de “letrados” sin prescindir de su público (popular), al que incluye en sus textos como lector cómplice y base económica de su existencia y de su éxito (p. 242). Al experimentar con la forma de la novela picaresca, presentando un panorama costumbrista hiperbolizado (p. 297) que combina con la situación narrativa de la autobiografía (p. 249), inhibe la atribución a cualquier género literario (p. 247) y resalta la indiferenciación entre ficción y factualidad (p. 251). El recurso al *topos* de la locura (pp. 259-64) y a los sueños (pp. 283-95) puede fungir como técnica de encubrimiento que posibilita una crítica social radical (pp. 272, 301), suavizando el peligro de la Inquisición mediante un formalismo (p. 309). Así, el ensayismo de Torres se convierte en un experimento con la libertad estilística en el límite de la ficcionalidad y la historicidad y de lo imaginario y lo psicopatológico (pp. 492-93) que desafía a sus contemporáneos con la imposibilidad de diferenciar entre realismo y sátira. De este modo, la base de la filosofía literaria sería la abolición del análisis de las características del lenguaje literario mediante una topología

de la indiferencia irónica. Torres Villarroel fungiría como renovador o fundador de subgéneros literarios en prosa (autobiografía artística en el umbral a la autoficción, la narración analítica de sueños, la sátira costumbrista, los almanaques irónicos) y se convertiría en fundador de una “ines-tética” (Kamecke retoma aquí a Badiou), sumergido en el conflicto en ciernes entre el esquema didáctico y el esquema romántico del concepto de “literatura” (p. 492).

Tras esta exhibición de las innovaciones y la ampliación de los límites de lo literario (p. 328) de Feijoo y Torres Villarroel, Kamecke pondera el rol de Francisco de Isla. Expone que con Carlos III se implementaría una estética de la educación programada promovida por el absolutismo ilustrado (p. 316), que rompería con el concepto estético de la “imitación” como resultado de una teoría filosófica nueva de la literatura. En este contexto, Kamecke también profundiza en las funciones políticas y contextos discursivos de la prosa en la “época del arte dirigido” (p. 334) y se refiere a los escritos de Francisco Mariano Nipho como intertextos importantes (p. 351). Subraya la relación entre periodismo literario y costumbrismo filosófico, resaltando los efectos de las retóricas de lo absurdo (pp. 345, 347) y cómo el costumbrismo experimental pondría sobre la mesa el problema filosófico de la imitación de la realidad mediante la lengua (p. 355) y la tensión entre oralidad y escritura (p. 344), que también se tematiza en la obra de Isla.

Kamecke analiza el funcionamiento de *Fray Gerundio* como novela literaria satírica que se enfrenta a la oratoria sagrada, la cual sigue las tradiciones del culteranismo y conceptismo barroco y cuya

reforma no es solamente un campo peligroso, sino también tema importante del discurso antiilustrado (pp. 358-59). La novela fungiría como sistema de citación (p. 398) con un alto grado de intertextualidad, posicionándose no solamente con respecto a los tratados de Luis Antonio Verney y Francisco Soto y Marne, sino también presentando prácticas comunicativas reconocibles por cualquier lector (p. 383). En el límite entre prosa narrativa y teórica (p. 363), la obra deja abierto si es un tratado de reforma homilética o un experimento en camino a la novela autónoma (p. 366). La sátira como técnica (p. 368) se hace visible en los nombres elocuentes, las características ostentativamente negativas y exageradas de los personajes (pp. 377-78) y la separación esquemática entre buenos y malos (p. 372) con el objetivo catártico de presentar antimodelos (p. 377) y criticar la falsa piedad (p. 367). Prescinde de verosimilitud psicológica a favor de una narratología que termina derrocando cualquier referencia local, temporal o personal (p. 406) mediante una ficción editorial que se revela como equívoca (p. 405) y deja en suspenso la ironía y la seriedad (p. 399). Basándose en experimentos con el “material del lenguaje” (p. 401), la obra se convierte en la deconstrucción irónica de la prosa, trátase de novela o de predicación, cuyas reglas aparecen como arbitrariamente sustituibles (p. 401). La ironía destructiva de la obra es una *mise en abyme* y cumpliría con el objetivo importante de la autorreflexión una intención didáctica constructiva (p. 402).

En el quinto capítulo, Kamecke analiza *Los eruditos a la violeta* y, de más peso, las *Cartas marruecas* de José Cadalso cuya

prosa retomaría la mayor parte de los aspectos de los tres conceptos radicales de la prosa anteriormente expuestos, a saber, elementos del experimento crítico con la autoridad (Feijoo), de la obra de arte autorreflexiva (Torres Villarroel) y del conjunto artificioso de citas interdiscursivas (Isla) (p. 410). *Los eruditos a la violeta*, obra pseudo enciclopédica y pseudo erudita, utiliza la ironía como principio formal. De este modo, se entrecruzan preguntas de género literario en la obra, que no permite definir el habla entre verdad y mentira (p. 425) y obtiene un doble sentido: funge como crítica de la práctica de las academias (p. 430) y, en oposición a ello, como manual práctico para adentrarse en los “filosofemas” actuales de la época (p. 437).

Este juego de doble función se amplía aún más en las *Cartas marruecas*, que no dejan entrever ningún posicionamiento claro del autor. Su “narratología de la imparcialidad” (pp. 441, 486) se basa no solo en el método epistolar (p. 443), que permite camuflar enunciaciones críticas detrás de una supuesta ingenuidad y el asombro (p. 446) del sujeto típico (y perfectible) de una novela de formación de personaje, Gazel (p. 446). La comunicación intercultural fingida (p. 446) sería un “encuentro más allá de nacionalidad y clase” (p. 463) y diversificaría las posiciones de enunciación (p. 452), permitiendo una crítica cultural comparada y la reflexión sobre la historiografía contemporánea (p. 477). A su vez, la posibilidad de diferentes lecturas del libro, desembocando otra vez en una comunicabilidad óptima (p. 483), estribaría en el estilo del justo medio (pp. 425, 481) que ni prescinde de ironía ni llega a los extremos del sarcasmo. Teniendo el objetivo del desengaño (p. 460) de los personajes

y de los lectores, el juego con el estatus de “verdadero-falso” o “ficticio-factual” en el borde de las descripciones costumbristas no sería un fin estilístico en sí mismo ni mera precaución contra la Inquisición, sino que tendría que ver con el concepto de prosa ensayística de Cadalso (p. 458) en una dimensión teórica (p. 479). El sistema de enunciaciones se inscribe en una *mise en abyme* de la narración, siendo un resultado de la filosofía moderna del lenguaje y del sujeto (p. 452). Con ello, la obra no solamente se puede valorar claramente como novela (p. 442), sino que además presenta un punto de inversión axiológica entre ensayo, sátira y tratado científico (pp. 441, 486). Las *Cartas marruecas* serían el intento de fijar las condiciones de posibilidad de la literatura y de la filosofía y de sondear los límites de lo literariamente pensable (p. 459), proponiendo una “filosofía literaria” (p. 451). Este intento de reflexión de axiomas resulta finalmente en la invención de una nueva lengua, cuya producción –véase el proyecto de diccionario de Nuño– sería el tema central de la obra (p. 467). Los lemas que se aducen ejemplarmente en la novela serían términos paradigmáticos. Nuño intenta, inicialmente, unirlos otra vez con su significado original, preexistente, mas finalmente termina constituyendo su significado mediante su uso (p. 473). Esta inversión de la producción de significado permitiría el análisis autorreflexivo del género literario (p. 475). Por lo tanto, la originalidad de las *Cartas marruecas* residiría no tanto en la reconciliación de los dos ámbitos cuya irreconciliabilidad lamenta Nuño (p. 465), el de la lengua y el del pensamiento, sino en ser una exposición de las condiciones constitutivas mismas de la escritura literaria (p. 467).

Con su análisis, Kamecke define la prosa literaria como género literario “autoconstitutivo” en relación con el contexto discursivo: los textos que analiza imitan, transforman o deconstruyen las prescripciones formales y sociopolíticas (p. 357). Señala que la prosa literaria estaría genuinamente conectada con “las nuevas técnicas de la exposición racional, inductiva y experimental”, que habrían llevado el aspecto de la “constitución lingüística al centro de la reflexión sobre fenómenos culturales” (p. 15). Demuestra las estrategias y términos a los que recurren los textos literarios en prosa para su autoconcepción (p. 491) y para distinguirse de las ciencias y del arte (en un sentido meramente técnico). En este entramado habrían nacido pocas obras, pero estas de un “estilo sutil” (p. 17) y refinado a lo largo del tiempo (p. 491). Retomando a Lotman, la primacía de la prosa (p. 14) que así se logra sería la condición conceptual para preguntar de manera autorreflexiva y crítica por un mundo “lingüísticamente modelado” mediante un texto literario.

Con su trabajo, de una gran densidad conceptual, Kamecke consigue ofrecer una nueva lectura de la literatura ilustrada, identificando con la “filosofía literaria” un núcleo del carácter de la Ilustración española y fechándola entre Feijoo y Cadalso. Las valoraciones que emite sobre la originalidad de las obras insistiendo en el progreso de las concepciones literarias llaman la atención y seguramente incentivarán las discusiones sobre la textura de la literatura en prosa dieciochesca.

Aenne Gottschalk
(Georg-August-Universität Göttingen)

Salvador A. Oropesa Márquez: *Literatura y comercio en España: las tiendas (1868-1952)*. Málaga: Universidad de Málaga 2014. 311 páginas.

El presente estudio propone un recorrido por la literatura y el cine españoles desde las *novelas contemporáneas* de Pérez Galdós hasta Luis García Berlanga y Mercè Rodoreda bajo el eje temático de la representación del consumo. Por consiguiente, se elige un enfoque contextualizador que se acerca a la literatura desde la historia social; como referentes fundamentales, el autor presenta a José Antonio Maravall y, ya en el contexto del periodo literario que primordialmente estudia, a Jo Labanyi y su *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel* (2000).

Según las palabras del autor, “[u]n libro sobre el consumo es pertinente porque la acción de comprar es un acto de autodefinición a partir de objetos que de por sí tienen un significado social” (p. 17). De este modo, la investigación va no solo sobre las tiendas, sino más bien sobre el consumo y la moda como actividades sociales que condicionan la vida cotidiana. De este modo, se pretende “seguir la evolución del fenómeno cultural de la compra y la tienda como clave de la implantación del capitalismo, la democracia y el ascenso social en España” (p. 38). El autor defiende un concepto del consumo como postura activa que implica una determinada autonomía del sujeto, según lo plantean los estudios culturales (p. 21).

Las fechas indicadas en el título se refieren a sucesos históricos y no literarios: la revolución liberal de 1868 por un lado, y el pacto con Estados Unidos de 1952 por otro. Las dinámicas provocadas